
The background of the cover is a painting of a man's face in profile, facing left. The face is rendered in a vibrant, almost neon blue color, with some areas appearing more saturated than others. The hair and beard are depicted in shades of orange and red, with visible brushstrokes and texture. The background is dark and moody, with some lighter blue and red tones that suggest a complex, perhaps somber, emotional state. The overall style is expressive and somewhat abstract, reminiscent of modernist or expressionist art.

# MEMORIA DEL TRAIDOR

Santiago Sanchis Mullor

 Ediciones-Babylon

## El compromiso de Ediciones Babylon con las publicaciones electrónicas

Ediciones Babylon apuesta fervientemente por el libro electrónico como formato de lectura. Lejos de concebirlo como un complemento del tradicional de papel, lo considera un poderoso vehículo de comunicación y difusión. Para ello, ofrece libros electrónicos en varios formatos, como Kindle, ePub o PDF, todos sin protección DRM, puesto que, en nuestra opinión, la mejor manera de llegar al lector es por medio de libros electrónicos de calidad, fáciles de usar y a bajo coste, sin impedimentos adicionales.

Sin embargo, esta política no tiene sentido si el comprador no se involucra de forma recíproca. El pirateo indiscriminado de libros electrónicos puede beneficiar inicialmente al usuario que los descarga, puesto que obtiene un producto de forma gratuita, pero la editorial, el equipo humano que hay detrás del libro electrónico en cuestión, ha realizado un trabajo que se refleja, en el umbral mínimo posible, en su precio. Si no se apoya la apuesta de la editorial adquiriendo reglamentariamente los libros electrónicos, a la editorial le

resultará inviable lanzar nuevos títulos. Por tanto, el mayor perjudicado por la piratería de libros electrónicos, es el propio lector.

En Ediciones Babylon apostamos por ti. Si tú también apuestas por nosotros, ten por seguro que nos seguiremos esforzando por traerte nuevos y mejores libros electrónicos manteniéndonos firmes en nuestra política de precios reducidos y archivos no cifrados.

Gracias por tu confianza y apoyo.

## ADVERTENCIA

Este libro contiene algunas escenas no recomendables para menores de edad.

El contenido de esta obra es ficción. Aunque contenga referencias a hechos históricos y lugares existentes, los nombres, personajes, y situaciones son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, empresas existentes, eventos o locales, es coincidencia y fruto de la imaginación del autor.

©2013, Memoria del traidor

©2013, Santiago Sanchis Mullor

©2013, Portada e ilustraciones interiores: Jorge Monreal  
Colección Papyri nº1

[Ediciones Babylon](http://www.edicionesbabylon.es)

Calle Martínez Valls, 56

46870 Ontinyent (Valencia-España)

publicaciones@edicionesbabylon.es

[www.edicionesbabylon.es](http://www.edicionesbabylon.es)

ISBN: 978-84-15565-49-9

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de cualquier parte de la obra, ni su transmisión de ninguna forma o medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia u otro medio, sin el permiso de los titulares de los derechos.

*Para Esther*

## CAPÍTULO 1



Se rompió.

En seco. Así. Y cuando caí al suelo, confundí el crujido de la rama con el de mi cuello quebrándose. Pero no había sucedido. Tenía la soga aún ahogándome la nuez y tragaba saliva mezclada con polvo de tierra muy amargo. Comprobé que el aire seguía sus conductos habituales. Respiraba, estaba vivo. Muy a mi pesar. Me dolía la cabeza tanto que decidí no abrir los ojos por el momento y aguardar. Pero la muerte no me llegó. Pasaba el tiempo y seguía incrustado contra el suelo, sólo y con los oídos anestesiados por el golpe.

Una vez admitida la realidad —que la higuera escogida estaba seca, que la rama acartonada no había aguantado mi peso, que ahora no debía estar ya allí y sin embargo era este mismo cuerpo magullado el que tanto protestaba de dolor—, me encogí como un feto para volver a nacer. A esas horas ya lo debían de estar ajusticiando, pensé. Pude oler los nubarrones que se cernían sobre mí. Atravesaban el cielo del descampado, furiosos, con prisas por entrar a la

ciudad y descargar allí toda su cólera divina. Cuando se serenó la marea de mis oídos, alcancé a escuchar el jolgorio que procedía del Gólgota. No lograba desentrañar lo que se decía, pero era algo parecido a la histeria. Gritos de una masa completamente enardecida. Era la primera hora de la tarde, antes del sábado de descanso, y en el aire se cruzaban las apuestas macabras de la turba que había subido hasta la Calavera. Se jugaban dineros sobre quién sería el primero en exhalar. Entonces bramó el mundo. No supe exactamente qué había causado ese grito atronador, pero, sin duda, hasta el sol que quedaba se asustó, quedó petrificado detrás de uno de los nubarrones y ya no se atrevió a asomar su cara. Fue un eructo que surgió desde los intestinos sucios de la tierra. Fue un choque espantoso entre las bóvedas del cielo que venían grises y con rabia por derramar su tormenta. Fue como si la noche se levantara de su cama a destiempo, molesta por el insomnio, y se precipitara sobre esa hora aún temprana. La oscuridad tuvo como avanzadilla una polvareda que empezó a arremolinarse desde todos los flancos.

Me encontraba todavía tumbado bajo la higuera seca cuando pude entrever cómo el viento había sacado sus látigos y los azotaba con crueldad. En el Gólgota el murmullo había cesado de forma tajante. Desde aquel descampado en el que me encontraba apenas podía divisar nada. Adivinaba que allá arriba, por encima del barranco, estaban las murallas de la ciudad y que a ella regresaban apresurados quienes habían subido hasta la Calavera para presenciar la muerte en las cruces. Se había acabado el espectáculo de manera súbita y los colores habían desaparecido. No quedaba otra cosa que no fueran el cielo negro, la polvareda gris y las casas de la ciudad a duras penas blancas.

Me arrodillé palpándome la cabeza y tanteando cada palmo de mi propia geografía. No había nada cuarteado, me seguían zumbando los oídos aleatoriamente, me abrazaba el cuello, pero mantenía todos los miembros unidos a

mi cuerpo. Permanecí así un buen rato, a la espera. La muerte seguía sin presentarse. Es más, una lluvia sarcástica empezó a hacerme burla sobre el cogote. Las gotas se derramaban por la espalda y me recordaban que esa humedad que sentía era porque continuaba entre los vivos. Acepté el escarnio del aguacero y sólo cuando estuve empapado, cuando la túnica se me había pegado a la piel, quise levantarme y abandonar aquel lugar. Antes removí entre el barro incipiente hasta descubrir que aquello que brillaba dentro de la bolsa era una moneda de plata. La sostuve en la palma de la mano y vi en ella reflejada toda la historia de esos últimos días. Recordaba perfectamente que unas horas antes había lanzado las treinta monedas sobre el suelo del templo, pero no podía explicar cómo me había quedado con aquella, por qué no estaba con las restantes, por qué se había pegado al fondo de la bolsa. Traté de lanzarla en dirección a donde intuía que debían de estar las murallas de la ciudad, detrás de la cortina opaca que había colgado la lluvia. «Vete a reunirte con las demás», quise exclamar. No me salió ningún sonido. Me dolían tanto los brazos que desistí del empeño y volví a colocar la moneda en la bolsa hecha con piel de reptil.

Ahora sí, empecé a dar los primeros pasos para huir de aquella escena. Bajé la vaguada y me alejé tanto del descampado que cuando giré la vista ya no podía reconocer ni las sendas que conducían a las murallas ni la ciudad donde todo se había consumado ni el árbol donde busqué mi propia gloria.

La tormenta todavía habría de acompañarme durante un tiempo. Sacudía con fuerza sobre mi figura, que ya era toda de agua. Los canalones de lluvia saltaban de la barba y, si no fuera porque era tan trágico, en ese momento hubiera resultado una gárgola muy grotesca. Eran los instantes que prosiguieron al momento exacto en el que había renacido, en el que la muerte me había despreciado y me cortó la rama de higuera seca en la que me estaba balanceando. Aca-



bé por olvidar el dolor de mi cuerpo entumecido tras el desastre de mi suicidio fallido. La lluvia apaciguó las contusiones y heridas que me quedaron. Y empecé a caminar contándome los pasos. Así no pensaba. No regresaba a los episodios vividos esos días. Sólo huía. Llovía tanto en mi interior que no podía hacer otra cosa que caminar, un paso, otro, trescientos catorce, mil seiscientos cuarenta y tres pasos... Así no pensaba en nada más. Sólo contaba. Y huía.

## CAPÍTULO 2



—Lo has vuelto a hacer. ¡Qué cabrón!

El portazo de Simón sonó como un escupitajo en pleno rostro. Tenía la cabeza embotada, pero no me asaltaba ningún complejo de culpa. Miré de soslayo el culo de un vaso donde navegaban los restos de dos hielos sobre un mar de licor de malta. El maldito brebaje escocés era el verdadero culpable de que todo me aturdiera. Y ese papel sobre mi mesa. Una nota escrita en copto y que, asombrosamente, era capaz de leer. «¿Cuándo me dirás estas cosas y cuándo amanecerá el gran día de luz para la generación?». No tenía ni la más remota idea de lo que significaba. Tal vez una nota promocional de algún nuevo lanzamiento de la editorial. Quizás un lector anónimo que quería establecer una comunicación fluida conmigo. O puede ser que no se tratara más que de una broma a la que yo no le pillaba la gracia. Ni siquiera entendía cómo podía descifrar aquellos signos extraños, pero me resultaban un tanto familiares, como una voz que ya había escuchado tiempo atrás. Y, entonces, recordé que unos días antes, en el Getsemaní, había tropeza-

do por primera vez con palabras escritas en aquella lengua vieja.

El pinchazo del alcohol tampoco ayudaba a aclarar mis dudas. La puerta volvió a abrirse y uno de los pretores del piso de arriba comunicó la orden:

—Poncio quiere que subas. ¡Enhorabuena!

El segundo portazo ya no me retumbó como lo hacen las campanadas en día de resaca. Esta vez el golpe me provocó una arcada inmensa, pero el volcán no acabó en erupción y toda la lava de *whisky* que tenía dentro acabó aquietándose. Esa sí que era una buena noticia y bien pagaba haberme quedado toda la noche en la oficina, el desaliento que me producía el día gris que seguía llorando más allá de la cristalera y el portazo de reprobación de Simón.

Sé que en aquel momento iba a escribir otro episodio más de mi propia historia miserable. Pero, ¿qué podía hacer yo? El *whisky* me llevaba a la deriva como esos dos hielos que se ahogaban en el fondo del vaso, la boca se me pegaba y las palabras, las pocas que ensayaba para justificarme ante los demás, se me quedaban atravesadas, unas con otras, apelmazadas por los restos de licor que aún exhalaba. Traté de ajustar la camisa y la corbata, pero era imposible disimular los pliegues de una noche de insomnio ante el ordenador, confundido completamente por las brumas que despierta el destilado de malta. Estaba horrible. Verdaderamente. La imagen que se repetía en el ventanal de la oficina me devolvía un tipo desaliñado y con la mirada infinitamente melancólica. Tenía el cabello lacio, como si hubiera transitado bajo la tormenta en medio de la oscuridad, y la pelambrera rojiza se mostraba sin ningún brillo, como si el agua hubiera hecho estragos erosionándome la efigie, como lo hace el arroyo durante siglos sobre cualquier roca. Sin duda no era el mejor aspecto para acudir al despacho de Poncio, el delegado de la editorial para la que vengo trabajando. A pesar de los estereotipos, los escribientes asalariados de este imperio debemos mantener

una cierta compostura en las apariencias. Y la mía, esa mañana, no era justamente la que requerían las normas internas de la empresa. Con barba de lija, con los ojos embolsados en un nido de cigüeña, con la lengua sedimentada por varias capas de menús rápidos... Se me notaba demasiado que no le había dado el lustre necesario al envoltorio de un escritor contratado por una de las multinacionales más poderosas de la letra impresa. Parecía que no me hubiera aseado desde hacía siglos.

No era difícil imaginar para qué me llamaba Poncio. Aguardaba su aviso desde las últimas tres semanas, pero sus constantes viajes por medio mundo habían aplazado esta llamada. Era algo que no estaba escrito en ningún código, pero que todos conocíamos. Si el poderoso delegado enviaba a uno de sus pretores para subir al piso de arriba era porque se había entusiasmado con el proyecto, que él mismo lo había ojeado y hojeado, que las páginas le habían atrapado, que sentía la necesidad de hablar sobre lo que había leído, que ya tenía dentro el veneno de un nuevo libro que pensaba recomendar.

El signo del pretor de la vigésima planta bajando a la segunda, donde los negros y demás meritorios ejercían de amanuenses, era perfectamente reconocible entre las tiras de mesas que se alineaban, entre quienes copiaban los encargos hechos por grandes estrellas de la pequeña pantalla y otros personajes surfeando en la cresta de la ola popular. Yo ya no era uno de ellos porque tenía mi despacho propio. Hacía apenas un año que había logrado el derecho de intentar garabatear mis propias ideas y tratar de sacarlas adelante de manera ordenada, capítulo a capítulo, con una trama definida y unos personajes bien acentuados. Había superado el tiempo de las pruebas y se me había premiado con una mesa diferenciada, encajonada entre cuatro paredes y con cristalera hacia el exterior que te mostraba, más allá de la luz artificial, si aún era de día o ya había caído la noche sobre la ciudad.

Para el resto, para los copiantes, alcanzar ese primer escalón con despacho propio era el prisma donde refractar su propia envidia. La lanzaban sin disimulos desde detrás de las pilas de folios que debían abordar y lo hacían con miradas colmadas de un haz de frustración. La mayoría de ellos, pobrecitos ilusos, había llegado a través de premios y becas que la propia multinacional convocaba. Eran escritores zánganos de cuentos, poetas de rábano y otros seres heridos por cuatro letras leídas en seco, que habían abandonado sus anteriores oficios creyendo que iban a alcanzar el parnaso prometido a todo gran escritor. Una vez encadenados por contrato a Imperium, se daban cuenta de que estaban replicando las mismas vidas insulsas y anodinas que nunca desearon. Todos ellos anhelaban la visita de uno de los hombres de la guardia pretoriana de Poncio, ser tocados por la gracia del gran delegado tras haber tropezado con alguna de sus columnas publicadas en periódicos locales y así elevarse un peldaño sobre los demás, aspirar al despacho propio. Y quizás, algún día, repetir la misma escena que yo estaba protagonizando esa mañana, que uno de los pretores bajara con una llamada de la planta número veinte, de Poncio en persona.

Así que no era de extrañar el oficio religioso de celos y rencores que despertó mi paseo triunfal hacia el ascensor, recorriendo toda la línea de mesas alineadas. Me daba cuenta de que en ese momento imantaba todos los rabillos de ojo que había en la planta. Nadie se podía resistir. A pesar de que mi paso no era muy digno, pues la ingesta de alcohol aún me hacía tambalearme, era imposible no sentir en la espalda las miradas como cuchillos. En esa liturgia, los exabruptos se mascullaban a mi paso, a muy baja voz, guardando el equilibrio para ser perfectamente escuchados y simular que estaban dirigidos a la máquina a la que estos escribientes están pegados.

Antes de abandonar la planta, quizás para siempre, Simón volvió a repetir el «¡qué cabrón!» con el que me había

anunciado la llegada del emisario de Poncio. Y, a su lado, Magdalena lloraba como una tal. Se enjuagó las lágrimas en un pañuelo de seda que reconocí al instante porque llevaba mis iniciales, «J.I.», porque fue uno de mis múltiples intentos de insinuación, porque le pedí que no me lo devolviera aunque ella no lo necesitara. Y, justamente, era en ese día en el que me lo restregaba, a rebosar, con el jugo de unas lágrimas sufrientes que me hicieron bambolear más que el recuerdo del *whisky*.

—No lo hagas, por favor —suplicó.

Vacilante, alcancé el ascensor, dándole siempre la espalda a la segunda planta de amanuenses envidiosos. En el espejo de la cabina podía divisar aún a Magdalena y su aureola de tristeza. Cuando se cerraron las puertas, camino del vigésimo cielo, me quedé solo de nuevo con mi propia figura desaliñada, barbirroja, pelocostra y ojos de huevo.

«¿Cuándo me dirás estas cosas y cuándo amanecerá el gran día de luz para la generación?». Pero quién demonios sabe en estos días escribir en copto antiguo... Para qué me habrían mandado un anónimo indescifrado que, además, yo era capaz de leer sin saber cómo. Debía de ser cosa de él. Como aquel viernes en el Getsemaní. Pero, ¿qué pretendía con aquellas notas? El elevador inició su despegue hacia los dominios de Poncio. Aproveché para disimular con la corbata la rozadura ardiente que me envuelve el cuello.

## CAPÍTULO 3



En las muelas. Allí es donde reside el alma. Hay ciertas cosas que sé porque me fueron reveladas en los breves instantes en que estuve en la eternidad. Aquel momento fugaz. Jamás sabré lo que duró porque parte del castigo que me fue impuesto, precisamente, contiene esa amnesia perpetua sobre el episodio. Cuando estaba balanceándome en la higuera seca, justo antes de que aquella rama crujiera toda mi existencia, vi cómo la muerte se me acercaba lentamente. Primero sentí una erección y el cosquilleo de toda mi sangre, como si me pincharan con mil espinos a la vez. Antes de empezar a faltarme el aire, noté el sexo húmedo. Entonces se me nubló la visibilidad y el mundo que conocía se volvió turbio y se iba alejando dando vueltas mientras mi cuerpo flotaba suspendido en la nada. Ese debía haber sido mi fin, pues así está escrito hasta la saciedad. Así es cómo la historia ha conocido mi historia. Yo debía haber acabado resecaando mis pieles a la intemperie.

Seguramente sí que llegué a pisar la tierra de la muerte, pero nunca sabré cuánto tiempo duró esa estancia porque